

Los libros en Europa

Guerras profanas. Afganistán, Estados Unidos y el terrorismo internacional, John K. Cooley, traducción de Herminia Hevia y Antonio Resines, Siglo XXI, Madrid, 2002, 466 pp.

Con densa documentación de cronista especializado y ágil pulso de novelista de espías, Cooley hace la historia de la política norteamericana en Afganistán, desde la ocupación soviética en 1979 hasta la guerra de respuesta a los atentados de la Torres Gemelas. Aliado a movimientos islamistas, algunos de ellos de corte integrista como Al Qaeda, el país del Norte prefirió estas peligrosas compañías como elemento de la derrota soviética de 1989, que llevó al derrumbe de la URSS. No estaban solos los norteamericanos en la empresa, que contaba con el apoyo de China, Pakistán y Arabia Saudita, y con la equidistancia de la India.

Cooley, moralista de la política en la tradición de su país, censura acremente este juego de alianzas, que ya resultó molesto para los Estados Unidos en otros casos: Sadam Hussein contra los iraníes, Noriega en Panamá y la dictadura argentina en la guerra de las Malvinas, pueden servir de antecedentes.

Con todo, Cooley acaba diseñando una deriva de la instalación nor-

teamericana como única superpotencia gendarme del mundo globalizado. Su campaña antisoviética, el debilitamiento del jomeinismo, la práctica desaparición de Gaddafi, los bombardeos ante la comprensión y el apoyo del mundo entero, apuntan hacia el objetivo mencionado. Bush, finalmente, ha vuelto a reunir a sus aliados de la segunda guerra mundial: ingleses, chinos y rusos.

La historia tiene su propia ética, imperial y triunfalista. Su trasfondo es la guerra. Las civilizaciones la atraviesan, admirables y repugnantes. Cooley tal vez no lo sepa, pero su libro, claramente, sí.

La sociedad homosexual y otros ensayos, Pío Moa, *Criterio*, Madrid, 2002, 321 pp.

Pío Moa ha militado en el Partido Comunista Revolucionario y en el GRAPO. Luego, se ha apartado claramente de dichas tendencias y efectuado una crítica muy concentrada de algunas mitologías correspondientes.

Así: la teoría de los beneficios decrecientes de Marx, el sexismo feminista, el carácter unitario y democrático en la segunda Repúbli-

ca Española, el papel del franquismo blando en la transición, ciertos episodios militares de la guerra civil que habrían dado el triunfo a las tropas republicanas de no haber sido por la endeble articulación política de las fuerzas leales. Tampoco escapan a sus críticas los liberales de derechas, como Hayek, a quien reprocha un amoral economicismo, sostén de la cultura posmoderna donde todo vale si tiene precio, o sea donde los valores se cuantifican y pierden, justamente, su virtualidad de tales.

El pulso de su prosa es ágil, de buen periodista, reflexivo e informado. De hecho, esta miscelánea es una recopilación de artículos que van marcando ciertas insistencias temáticas y ciertos criterios históricos. El más fuerte es que el franquismo, siendo un régimen dictatorial, no contó con una oposición significativa ni, mucho menos, de importancia tasable. Fue un aparato que previó cautamente su final y la necesidad de una transición hacia formas democráticas.

A veces, Moa cae en el vicio del izquierdista dimitido, que es la fobia a su antiguo amor, prueba de que sigue siendo un *amour masqué*. Intenta zafarse de ella y lo consigue la mayor parte de las ocasiones, pero no en todas. De cualquier manera, alerta sobre una superstición nociva para el despliegue de nuestra democracia: haber estado contra Franco no es, por sí mismo,

un certificado de identidad democrática. Los resabios merecen, como en el ejemplo de Moa, especial atención.

La Revolución Francesa y la cultura democrática. La sangre de la libertad, Rolf E. Reichardt, traducción de Carlos Martín Ramírez, Siglo XXI, Madrid, 2001, 403 pp.

El presente volumen integra la *Historia de Europa* coordinada por Wolfgang Benz y se inscribe en la revisión de ese evento cardinal de los tiempos modernos que llamamos Revolución Francesa. No por francesa menos universal, ya que significó un revuelo social y militar en Europa y se imbricó en el proceso de la democracia norteamericana.

Los historiadores actuales tienden a ver varios procesos dentro del periodo revolucionario. Reichardt, por ejemplo, advierte que los movimientos campesinos antiseñoriales del siglo XVIII francés se convirtieron en antirrevolucionarios y que la revolución fue más bien cosa de ciudades y hasta de ciudad capital. El gobierno del pueblo se mezcla con la idea de Robespierre («el pueblo soy yo» como Luis XIV había dicho «el Estado soy yo»), las reivindicaciones feministas (llevar pantalones, votar y ser votadas, usar

armas) desaguan en la clausura de los clubes de mujeres, la guerra a la Iglesia convierte los ídolos católicos en santos y mártires revolucionarios, a Dios Padre en Diosa Razón. Universalismo y nacionalismo, liberación y dominio imperial, fiesta y terror, desfilan por las fechas del periodo estudiado, con profusión de informaciones, a veces muy focalizadas en la provincia francesa, a modo de estudios de campo, otras, internadas en memorias y crónicas de celebraciones donde se fraguan los emblemas de la revolución y se crea un vocabulario novedoso y pertinente.

Sometida a revisión crítica, la Revolución Francesa pierde en monumentalidad y gana en verosimilitud, en riqueza viva. Sus dimensiones dejan de ser alegóricas y se tornan históricas. Tiene otra importancia sin renunciar a ser importante.

Imperio, Michael Hardt y Antonio Negri, traducción de Alcira Bixio, Paidós, Barcelona, 2002, 432 pp.

La globalización, esta seductora certeza que amenaza con perder cualquier significado a fuerza de sobreentendidos, da lugar a constantes desciframientos. Los autores nos proponen uno muy sugestivo, que recuerda un cuento de Borges, «La lotería en Babilonia», una fic-

ción virtual acerca de la actualidad del poder.

En efecto, se trata de un sistema de dominación mundial mas no del antiguo imperialismo de los Estados nacionales. Es una potencia soberana pero sin centro ni territorio, que actúa más allá de la historia controlando toda la vida social. Si queremos percibir algo de su periferia, hemos de acudir a los medios masivos de comunicación.

Tan oculta y omnipresente, esta entidad se parece a una deidad misteriosa, hija o quizá madre de lo real, desde su compleja e infatigable virtualidad. Tras intentar una narración de su historia, los ensayistas proponen una salida política condigna, o sea igualmente divina, oculta y universal. El sujeto de la misma es lo que ellos denominan la multitud, masa trabajadora globalizada que produce con autonomía y puede organizarse para enfrentar al imperio. «La teleología de la multitud es teúrgica; consiste en la posibilidad de dirigir las tecnologías y la producción hacia el propio júbilo y el aumento del propio poder. La multitud no tiene necesidad de buscar fuera de su propia historia y de su propio poder productivo presente los medios de llegar a constituir un sujeto político» (página 359).

La propuesta de Hardt y Negri combina varios elementos clásicos: es ácrata en tanto desvaloriza radicalmente cualquier poder, y es mística, en cuanto propone una salida a

la historia hecha por un sujeto que la supera, una suerte de Superhombre auroral que surgirá en la espontaneidad de esa multitud a la cual apela. Simétrica a ese poder imperial, absoluto y místico a su manera, anuncia un más allá del tiempo, protagonizado por esa homogénea multitud que será, por fin, la humanidad igual a sí misma.

Como cuadro de situación, el libro es débil. Como síntoma de las actuales tendencias de un pensamiento opositor al sistema, de gran interés, porque muestra cómo el sistema se ha tornado tan abstracto como sus adversarios y viceversa.

Una profesión peligrosa, La vida cotidiana de los filósofos griegos, Luciano Canfora, traducción de Edgardo Dobry, Anagrama, Barcelona, 2002, 200 pp.

El oficio de filósofo suele asociarse, tópicamente, a la serenidad de las bibliotecas y las aulas, los jardines silenciosos y los gabinetes herméticos. Canfora ha partido en busca de lo contrario: la calle, la plaza, el palacio de gobierno con sus pasillos taimados, el campo de batalla. Y así se ha encontrado con ilustres e insistentes casos de filósofos que fueron ultimados por veneno, desde Sócrates y Lucrecio hasta Descartes, según se ha sabido con relativa cercanía.

A veces, el riesgo ha sido la proximidad del poder. Sócrates actuó abiertamente en la discusión política de Atenas; Platón intentó asesorar a los tiranos de Sicilia; Aristóteles fue preceptor de Alejandro el Magno, como Descartes lo sería de Cristina de Suecia. El poder desconfió siempre de la inteligencia crítica y tales relaciones nunca terminaron bien. La opción del filósofo era alejarse de la Ciudad y encerrarse en una torre de marfil, rodeado de discípulos que compartieran jergas y devociones, o zamparse de lleno en la pelotera política, con el riesgo de que su discurso fuera instrumentado y sometido por las fuerzas públicas o las cábalas privadas.

Repetido asombro causa comprobar que los tesoros del pensamiento clásico han llegado hasta nosotros por azar. Mutilados, interpolados, bien o mal traducidos, salvados de los incendios que redujeron las bibliotecas a ceniza, o de la humedad de los sótanos y la carcoma de las bodegas.

Toda esta lucha, a veces desgarrada y sangrienta, de la inteligencia por salvarse y crecer, nos es anoticiada por Canfora con amable anecdotismo, como conviene a nuestros leves tiempos posmodernos. No por ello se borra el sabor de su lectura, un sabor trágico: sudor agónico, sangre recién vertida, lágrima salobre y dulzura de vino antiguo, mejorado por el tiempo.

La generación de la democracia. Nuevo pensamiento filosófico en España, *Alberto Ruiz de Samaniego y Miguel Ángel Ramos (editores), Tecnos-Alianza, Madrid, 2002, 309 pp.*

Un cuarto de siglo, en el caso amojonado por el fin de la dictadura, es un buen lapso para hacer balances. Pensar en castellano y en España, sin censuras ni exilios, conforma un espacio digno de atención y a él se dirigen los editores y antólogos, que hacen una presentación descriptiva de cada autor incluido, seguida de un texto de autoconsideración y de una exhaustiva bibliografía. Desfilan, así: Argullol, Cortina, Duque, Echeverría, Gómez Pin, José Jiménez, Morey, Sádaba y Trías. En el prólogo se da cuenta de las ausencias, ya que no exclusiones, y se describen las obras y tendencias que no aparecen en el escrutinio.

Tarea en curso, la filosofía española (más de intérpretes que de compositores, como ha dicho Jacobo Muñoz) se resiste a una codificación. En vista de ello, los editores hacen unas apostillas temporales: es un pensamiento que se desarrolla en las instituciones y que los pensadores tratan de divulgar por los medios masivos; está marcado por la cultura de la resistencia durante la dictadura, impregnada por variantes del marxismo, luego abocada a la consideración de las utopías sociales; de Nietzsche se toma

la marca de la muerte de Dios, que desagua en la consideración sobre el estatuto del sujeto y sus relaciones con el lenguaje y el inconsciente; la preocupación por el lenguaje lleva a la antropología, a la configuración del hombre por la palabra. La filosofía contemporánea sigue debatiéndose, con ironía o patetismo, en la escisión pensamiento/vida. En este sentido, lo que se piensa en español teje su propia tradición, reclama su historia y amplía su espacio de pertenencia a América, por la obra de los pensadores trasatlánticos y los españoles emigrados.

La entrega de Samaniego y Ramos, objetiva en tanto ello sea posible, documentada y didáctica, llena un espacio que estaba demandado por el público lector de filosofía. De ahí su utilidad y su función histórica dentro de la especialidad abordada.

Barroco. Representación e ideología en el mundo hispánico (1580-1680), *Fernando R. de la Flor, Cátedra, Madrid, 2002, 402 pp.*

Tras los pioneros intentos de Eugenio d'Ors y la decisiva obra de Maravall, *La cultura del barroco*, se impone una revisión actualizada de la materia. El autor se ha puesto manos a la obra, recorriendo un

ingente material bibliográfico e iconográfico (monstruoso convendría decir, barrocamente) e imponiéndole una clasificación tópica: el casticismo del barroco español como cultura nacional, la consideración nihilista del espectáculo melancólico del mundo, la ciudad escenográfica y utópica, la vanidad y la decadencia, la doble faz de la fiesta barroca, el erotismo, la emblemática como lenguaje, la religión del apartamiento, el reino de la metáfora, la revisión del humanismo clásico.

De la Flor no pretende destruir tradiciones historiográficas ni cuestionar criterios. Más bien le preocupan la puntualidad de la información menuda y un desfile imaginístico que pueda poner en escena la gran puesta en escena del teatro

mundano que el siglo barroco construyó. Tampoco especula con neobarroquismos ni supuestas recaídas de lo barroco en nuestro tiempo, aunque siempre hagamos historia desde el presente y en el presente. La época barroca fue tiempo de desintegración pero también de expansión españolas. América se hizo, en gran medida, en esos años y con esas improntas. Reconsiderar españolamente el barroco es releer la fundación de la América moderna, en los límites de los imperios de ultramar, allí donde la modernidad de la Reforma y la Contrarreforma se encuentran con el fantástico escenario de la tierra sin historia, el lugar del no lugar, Utopía.

B. M.

El fondo de la maleta

Losada: de Buenos Aires a Madrid

La industria editorial argentina, la más importante de la lengua en la década de 1940, se origina a partir del exilio español provocado por la guerra civil. Antes de esta dolorosa circunstancia, la edición corría a cargo de librerías que fungían de editores o de cooperativas de escritores que allegaban fondos para promover sus obras. Aparte, desde luego, el Estado y sus organismos tenían su producción especializada.

En 1937, Espasa-Calpe funda su Colección Austral, heredera de los libros de bolsillo de la Colección Universal. Quien la organiza es Gonzalo Losada, el cual, al año siguiente, inaugura la casa que lleva su nombre. Seis décadas de trabajo la han convertido en uno de los sellos con mayor tradición y difusión en el ámbito de nuestra lengua.

La Argentina estaba saliendo, por entonces, de los efectos de la Gran Depresión y su economía apuntaba hacia un buen horizonte. España se destrozaba en una guerra fratricida que empujaba a numerosos profesionales al destierro. En el ramo editorial, especialmente el centrado en Buenos Aires, los españoles trasterados tuvieron un papel decisivo. Fueron españolas, en su origen, empresas como Emecé, Sudamericana, la mencionada Losada, Santiago Rueda, Bajel y otras.

En Losada, la plana mayor era igualmente española: Guillermo de Torre se encargaba de la literatura,

Lorenzo Luzuriaga de la pedagogía, Luis Jiménez de Asúa del derecho y Amado Alonso de la lingüística. Corrían aquellos buenos tiempos en los que las editoras de libros mantenían colecciones de poesía y de teatro, hoy casi universalmente extinguidas. Por precios módicos, siete pesos el volumen simple y diez pesos el doble, la Colección Contemporánea divulgaba la literatura de nuestra lengua, en buena parte nutrida con la obra de los exiliados, además de ponernos en contacto con un panorama actualizado de las foráneas. Muchos españoles recordarán que, en las trastiendas donde se conseguían libros prohibidos por la censura dictatorial, el pie de imprenta de Losada era frecuente.

Hoy los signos históricos se han invertido. La prosperidad española es coetánea de la crisis argentina. Losada se ha instalado en Madrid y Oviedo por los oficios de un hombre de empresa, José Juan Fernández Reguera, bajo la dirección editorial de Carlos Ortega y Ruth Zauner en la relación con los medios. Se propone reeditar parte del catálogo histórico disponible e incorporar inéditos. Si ayer el puente se tendió desde el Viejo al Nuevo Mundo, hoy se reconstruye en dirección inversa. En cualquier caso, una tarea de cooperación e integración culturales, amplía lecturas, ensancha la inacabable tarea de descifrar el mundo.